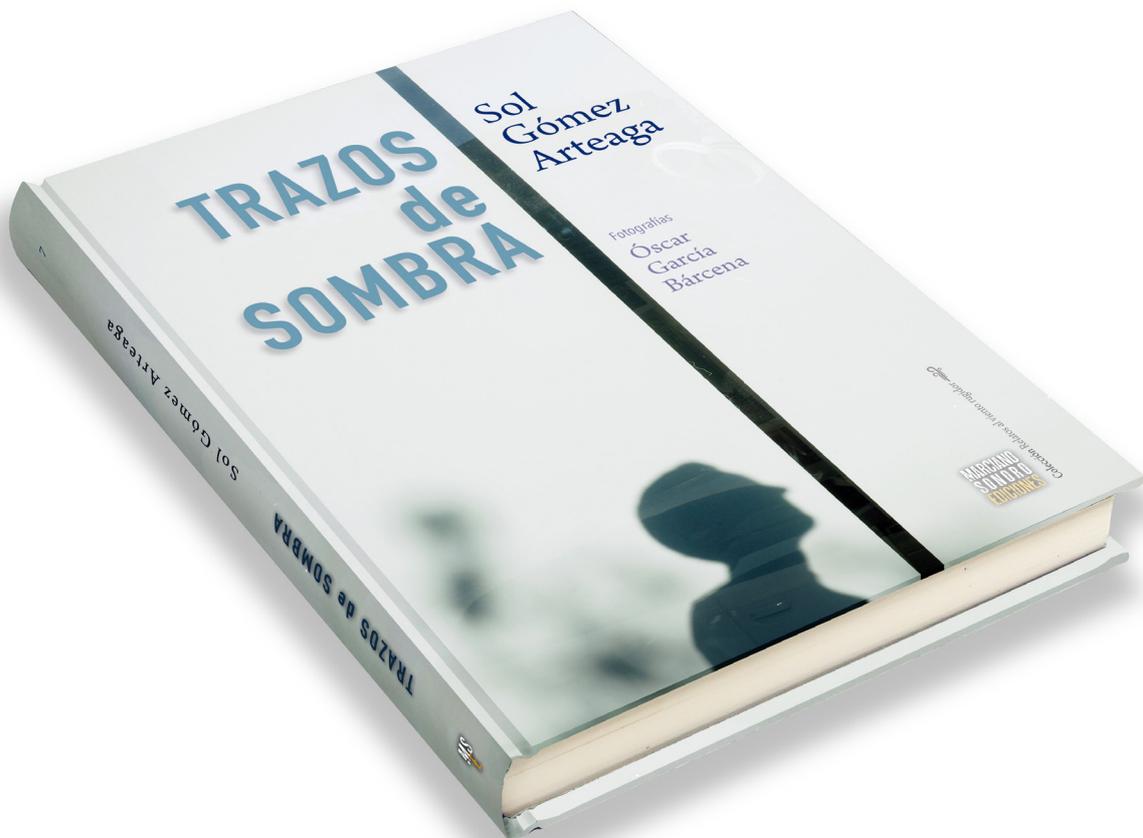


MARCIANO SONORO EDICIONES

Cristina Pimentel & Jesús Palmero
C/ San Justo, 27 - 24710
San Román de la Vega (León)
Tel.: 646007159 - 660189723

www.marcianosonoro.com
editorial@marcianosonoro.com



TRAZOS DE SOMBRA

Sol Gómez Arteaga

Marciano Sonoro Ediciones, San Román de la Vega (León) 2021

+ Información en www.marcianosonoro.com

Colección **Relatos al viento rugidor 7**

ISBN: 978-84-123268-6-4

Encuadernación tapa dura

Formato: 15,5 x 22 cm.

Páginas: 224

Precio: 20 €

Fotografías: Óscar García Bárcena

Presentación del Libro en

CASA DE LEÓN EN MADRID
CALLE DEL PEZ, 6
(METRO NOVICIADO / CALLAO)
VIERNES 17 DE DICIEMBRE, 2021
19:30 H.

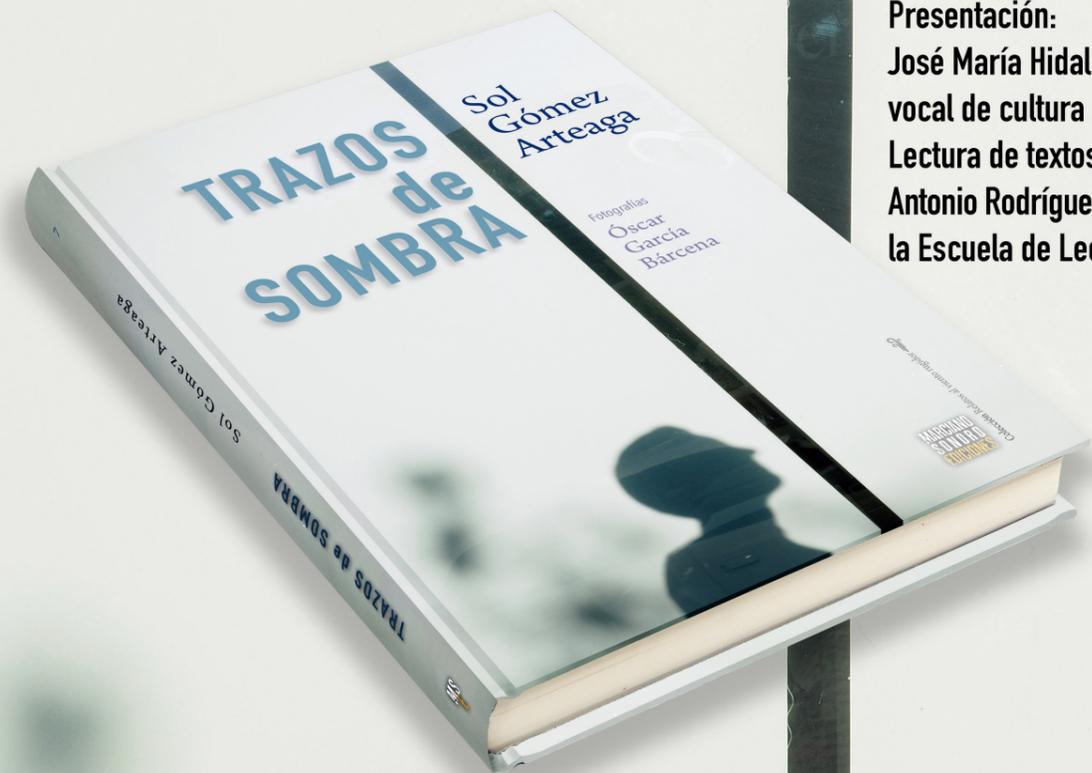
ACOMPañAN A LA AUTORA:
JOSÉ JAIME MELENDO GRANADOS. PSIQUIATRA.
MARGARITA ÁLVAREZ RODRÍGUEZ. FILÓLOGA.
LOS EDITORES.

LECTURA DE TEXTOS A CARGO DE:
ANTONIO RODRÍGUEZ MENÉNDEZ, DIRECTOR DE
LA ESCUELA DE LECTURA DE MADRID.

Los actos se realizará bajo medidas covid

Sol Gómez Arteaga
presenta su libro

TRAZOS de SOMBRA



CASA DE LEÓN EN MADRID
Calle del Pez, 6
(Metro Noviciado / Callao)
Viernes 17 de diciembre, 2021
19:30 h.

MADRID
Entrada libre

Acompañan a la autora:
José Jaime Melendo Granados. Psiquiatra.
Margarita Álvarez Rodríguez. Filóloga.
Los editores.
Presentación:
José María Hidalgo Guerrero,
vocal de cultura Casa de León.
Lectura de textos a cargo de:
Antonio Rodríguez Menéndez, director de
la Escuela de Lectura de Madrid.

PRÓLOGO

LOS CUARENTA RELATOS QUE CONFORMAN TRAZOS DE SOMBRA PERMITEN A SOL GÓMEZ ARTEAGA DIBUJAR UNA PERSONAL CARTOGRAFÍA LITERARIA EN TORNO A LOS DESÓRDENES DE LA MENTE HUMANA. LAS EXPERIENCIAS VIVIDAS EN SU ACTIVIDAD PROFESIONAL COMO TRABAJADORA SOCIAL, EN EL CONTEXTO DE LA SALUD MENTAL, ALIMENTAN MUCHAS DE LAS HISTORIAS QUE SE NARRAN EN ESTE LIBRO. EL ANONIMATO DE LOS PERSONAJES QUE PUEBLAN ESTOS RELATOS Y LA COTIDIANIDAD DE MUCHAS DE LAS VIVENCIAS DESCRITAS, SUMERGEN AL LECTOR EN LOS ENTRESIJOS DISPARES Y SOBRECOGEDORES DE CADA UNA DE LAS HISTORIAS.

LAS HERMOSAS IMÁGENES DEL FOTÓGRAFO LEONÉS ÓSCAR GARCÍA BÁRCENA SE ARTICULAN, EN ESTA OBRA, COMO PUERTAS DE ACCESO AL UNIVERSO NARRATIVO DE SOL GÓMEZ ARTEAGA.

Conocí a Sol cuando ya mi ejercicio público como psiquiatra caminaba hacia la jubilación. Eran mis últimos años. Desde el primer momento, al menos tengo esa vivencia conservada en mi memoria, su actitud de silenciosa —que no callada— observación, unida a una mirada que escuchaba, me hizo pensar que personalmente, y desde luego en el desempeño de su labor como trabajadora social, tenía mucho que decirnos. Acostumbrados a unos tiempos en que las prisas no nos dejan trabajar, verla detenerse en cada una de las personas que constituyen nuestro objeto de la tarea, la enfermedad mental grave, reflejaba un buen comienzo.

Por ahí se fue hilando nuestra relación, ya digo que personal y profesional, y, enterado de su amor por la escritura y la literatura, me dispuse como aficionado (el que lo hace más por placer que por sistema, no por obligación sino por antojo, no en horas de oficina sino de insomnio) a beber de sus conocimientos y, por mi parte, a compartir con ella lo que podía de mis años en Salud Mental. Esa y no otra es la razón de que un día, hace unos meses, Sol me sugiriera, con gran alegría por mi parte (aunque con cierta desazón por no poder estar a su altura), que le hiciera este prólogo que deben leer deprisa para, rápidamente, pasar a esos Trazos de sombra que constituyen semblanzas de unas personas corrientes a cuyo mundo interno no llegamos, pero al que, a través de su cotidianidad y detenida observación, intentamos —como espléndidamente hace Sol— acercarnos con esfuerzo, compromiso y constancia, que enraízan en lo más íntimo de nuestro ser.

No dejó de impresionarme la profundidad que derivaba ya del título, que me evocaba El elogio de la sombra de J. Tanizaki y la belleza de la palabra “trazo”, que también María Zambrano —mi conocimiento de la filosofía es muy pobre— escribía cuando en Hacia un saber del alma delineaba la relación (razón poética la llamó luego) entre la soledad, la escritura, la poesía y la filosofía.

Así ya, y entrando en materia, se atisban, por medio de ella y en los contornos de algunos de los profesionales que dibuja en estas líneas, la angustia frente a esta tarea diaria y la de las familias, en ocasiones tan denostadas, que tienen que sostener como pueden el dolor psíquico que sufren los pacientes.

La lectura repetida de estos relatos constituye un tratado del alma, un discurso de las entretelas de nuestro psiquismo (nos podemos ver espejados en su roce con la normalidad), con capítulos en los que van desfilando distintas patologías mentales: lo que nombramos —para entendernos, nunca para cosificarlos— como delirios de persecución (“Atrincherada”); la llamada bipolaridad (mucho mejor adjetivada como enfermedad maniaco-depresiva, “De colores”); la imaginación llevada al extremo que conduce a un mundo de fantasía desbordada que limita con la locura (“Mi caja”); la angustia intensa de ver cómo, progresivamente, podemos ir perdiendo la memoria (“Trufas de chocolate”); el síndrome de Diógenes (Sol y yo leímos casi a la vez Homer y Langley, de Doctorow); la custodia compartida, representada en “Una maleta”, que es el sentimiento de la infancia de un paciente que vivió dolorosamente la separación de sus padres; el trastorno obsesivo, convertido en un delirio de contacto en “Partículas invisibles”... Y así se pueden seguir pasando páginas con

distintos sufrimientos: melancolía, deterioros cognitivos —formas de nombrar a las terribles demencias—, trastornos alimentarios, lo siniestro que puede ser escuchar tu pensamiento sonorizado como alucinaciones auditivas, los celos patológicos que no pueden justificar nunca el maltrato, los trastornos límites de personalidad, que llevan a algunos adolescentes a lesionarse como modo de “sentirse vivos”. O la existencia de los “tumbaos”, que consumen su vida echados en la cama y que tan bien describe Caballero Bonald, o los ingresos involuntarios que limitan con la libertad externa del paciente que ya perdió la suya, la interna. O la locura de amor o la fuerza del deseo en el amor imposible, ese que vive solo para esperar (¿acaso el amor es otra cosa?). Pero ya está bien de anticipar la riqueza de cada uno de los textos que he ido consignando conforme los fui leyendo y que no ocultan la belleza de los que siguen.

Se habla en ellos también de las formas de cuidado, de los cuidadores (¿quién los cuida a ellos?), de disposiciones administrativas como las salidas en forma de permisos, del terrible suicidio... Si leyeran a Joaquín Araújo, podrían entender mejor al “Hombre árbol”.

Sol añade unos relatos más de su ficción, y querría destacar “El hombre sin sombra”, en clara conexión con los que introdujeron en la literatura romántica Jean Paul y E.T.A. Hoffmann y que versaban sobre el doble, la doble personalidad, el espejo, el narcisismo... Poe, Maupassant, Goethe (Cuento de hadas), Stevenson (El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde), Wilde... se detuvieron en ello, entre otros escritores (¿no hubo ninguna mujer?). La finura de la que hace gala Sol en su relato me atrapó desde el momento en que lo leí, quizá por ese toque siniestro (lo ominoso) que emana de su lectura.

Decía al inicio que Sol y yo nos conocimos al final de mi carrera y repito esto porque, con Trazos de sombra, ella consigue lo que desde el comienzo de mi formación perseguí y que sigo reiterando a los mir (médicos internos residentes) a quienes acompaño en la suya. Me explico: cuando uno acude al médico espera, y así ocurre normalmente, que el especialista le explique, para poder comprenderlo, algunos aspectos de las causas de la enfermedad que padece e incluso de cómo ha podido desarrollarse. Por el contrario, es muy difícil que, cuando vamos al psiquiatra o al psicólogo, nos devuelvan algo parecido: a lo más unas cifras, una lista de síntomas que tenemos pero de los que no sabíamos el nombre y una extraña palabra de un medicamento que nos conviene. Como si el estatus de ciencia que se pretenden las dos disciplinas (psiquiatría y psicología) excluyera la comprensión. Pero Sol, con su lenguaje, con sus palabras, ya digo que lo consigue. No, no se trata de autoayuda, sino de ir descubriendo, como si de poesía se tratara, una conjunción de palabras anidadas en la frontera de nuestra mente para hacernos revivir los sentimientos anclados en el discurrir de su vida y que se les han extraviado a esos enfermos. Si la propia autocensura y el derecho a la privacidad (contemplado en la protección de datos) lo permitieran, seguro que Sol podría animar con preciosas anécdotas el devenir de cada uno de los cuadros que comprenden su escrito. Las Marías, Dolores, Amparos..., los Álvaros, Domingos... llenarían sus hojas.

Se pone en el lugar de ellos observando con minuciosidad los detalles de su azarosa y atormentada vida. Describe con belleza, y ya es difícil, el sufrimiento de su enfermar, como cuando los cirujanos —con una distancia necesaria que Sol transforma en cercanía— comentan “lo interesante” de algunas de sus intervenciones.

La trama y el desenlace aparecen en sus relatos como cuando refiere la locura de amor, esa psicosis que, si nos ocurre, nos lleva a la desesperación o al éxtasis. En cualquier caso, cada uno de nosotros puede quedarse con la narración que más le guste de entre las que nos ofrece: seguro que nos vemos reflejados en más de una e, incluso, hasta nos entenderemos mejor.

Y antes de acabar quería detenerme en la xenía y el símbolo a los que hace poco se refería en un artículo de El País la recién galardonada con el Premio Princesa de Asturias, la canadiense Anne Carson.

En el citado artículo explicaba que la xenía entre los antiguos griegos expresaba la “hospitalidad”, la “amistad para los invitados” o la “amistad ritual”. Al final se fijaba en el símbolo —el verbo *symbolálein* significa “juntar”, “reunir”, incluso “cambiar” (palabras), “explicar”, “interpretar”—, un objeto, un trozo de hueso, madera o metal que era partido en dos y una de cuyas partes, al entregarse, hacía evocar al receptor el otro trozo en manos de una persona amiga. Mientras leía Trazos de sombra podía oír el pensamiento y la voz de Sol, que parecía entregarme su libro como señal de su amistad.

Y quería terminar estas, espero, amigables palabras como ella hace en cada uno de sus relatos, con unos versos que me ayudan en mis días de búsqueda por los márgenes de la enfermedad mental y que, constituidos como una disyuntiva entre la ciencia y la comprensión, deberían unirse, como las partes del símbolo citado.

Dice así la cantaora Carmen Linares cuando interpreta una soleá de la Serneta:

Presumes que eres la ciencia
y yo no lo comprendo así,
¿por qué, siendo tú la ciencia,
no me has comprendido a mí?

JOSÉ JAIME MELENDO GRANADOS
Julio 2020

SOL GÓMEZ ARTEAGA

Leonesa de Valderas, se reconoce en los paisajes de Tierra de Campos en los que se ha criado, aunque también en el sonoro silencio y el anonimato de Madrid, la ciudad en la que reside hace ya la friolera de treinta años.

La escritura es para ella una forma de estar en el mundo y alimento como el pan de cada día. Escribe para sacar a la luz realidades invisibilizadas de nuestro pasado más reciente, pero también del presente, aspecto éste que tiene mucho que ver con su actividad profesional como Trabajadora Social en el campo de la salud mental. Lo hace despacio, como una labor de artesanía, en una trayectoria que tuvo su inicio allá por el año 2000 en talleres de escritura creativa. Colaboradora de los periódicos digitales Astorga-Redacción, Tam Tam Press y Nueva Revolución. Tiene dos libros de relatos publicados, *Los cinco de Trasrey y otros relatos* (2012) y *El sol a la tinaja y otros cuentos* (2017), editados por la Fundación Fermín Carnero. La novela *El vuelo de Martín* (2020), ilustrada por Carla Lozano Martínez, y editada al cuidado de Marciano Sonoro, es su tercera publicación.

De la aventura de publicar mes a mes, desde febrero de 2017 hasta septiembre de 2019 estos “Trazos de sombra” relacionados con desórdenes de la mente, nace este libro que ahora presentamos.

